

## LETRAS DE AMOR

Ay Sualdo, no sé cómo empezar. Sue cuando las desgracias llegan, lo hacen todas juntas. Tu cecata llegó a la vez que murió Sebastiana, la vecina de casa Pulgón. Ya sabes, cuando llegaba el correo, me marchaba derecha tu cuenta arriba hasta llegarme a su postal y ella se colocaba unos gafos para leer todo eso tan bonito que tú me escribías.

Verás Sualdo, es que yo no tengo gafos así y aunque me he acercado al velatorio no los he visto por ningún sitio para tomarme prestados y saber qué me has puesto.

Entendrás que el vacío que ha dejado su postal se ha multiplicado por mil. Y créeme, a mí me acde en las manos este pedazo de papel. ¡Por éstas que voy a saber qué me has puesto!

¿Dirás que ya flibrecen las almendras y te recuerden al blanco de mi piel? ¡O me habrá compuesto más veaces, continuación de las anteciores?

Mira, no te lo había dicho nunca pero para mí, que Sebastiana te tenía envidia. Se empeñaba en decir que tú no te los había inventado, que eran de un tal Altolaguirre o Neard. Yo a ésos no los conozco y dudo que pudieran escribirme nada sin conocerme. En cambio, a ti te salían de bien adentro.

Acabamos de acompañar a Sebastiana al campo santo y en cuanto me he despedido a casa, he sacado los cuatro euros que guardaba bajo el colchón para las emergencias. Lo tengo lo es, porque ya pasan las horas y me consumo por no saber. Así que me he bajado hasta la parada del autobús para que me lleve a la capital. Allí arreglo lo más seguro. La gente de ciudad tiene estudios y es muy lista. Además, tienen de todo y no conviene hacer el encargo porque tardarían mucho más. ¡Como no voy a encontrar un par de gafos como los de Sebastiana! Válgame Jesús que me utilicen una.

Te voy a contar mi peregrinar. Porque empiezo a agotarme ya. Lo que pensaba hacer en poco más de unas minutos se prolongó mucho. Y todo, no te lo vas a creer, por la incompetencia de los empleados ¡si sabrán lo que es deslumbrarse de sol a sol! Pero yo, antes que nada pregunté por un sitio donde vendieran gafos. Sue no entré a buscarlos a una zapatería o a un almacén de vinos. Los había por todos los estantes, de todas las tallas y colores y eso me animó al principio. Saqué el papel fuera del bolsillo y dejé que ese tipo con olor a colonia de vainilla me fuera poniendo y quitando (igual que hacía Sebastiana) los cristaletes de los ojos.

— ¿Mejor o peor? preguntaba cada vez

Y yo respondía

— Con éstas tampoco.

Lo que son los ceceos, Sualdo, que se enfocaban conmigo por hacerles perder el tiempo. ¿Te lo puedes creer? Hasta se atrevían a decir que los estaba tomando el pelo. Nada más lejos de mi intención, te lo aseguro.

Pasé por el mismo calvario una decena de veces, en toda la tienda y en cada una, antes de entrar, cogía aire y decía: "Sue sí, mujer, tranquila, que aquí te lo resuelven y te vuelven al pueblo con la cecata leída y la solución para las que vanagloriaban".

Alguno hasta puso en duda que mis ojos estuvieran enfermos y necesitara algún aparato para ver. ¿Cómo no iba a necesitarlo? Eso sí que me puso buena. Los llamé de todo. Pero entonces ya me saltaban las lágrimas de desesperación.

Un joven al que apenas le despuntaba la bocha y podía haber sido mi nieto, me ofreció una silla y me acercó un vaso de agua.

Lo apuré de un trago y se lo dije, vaya si se lo dije:

- Vaya una porquería de gafas que tienen ustedes si no sirven para leer esto. No, tu ceta no la soltaba, más que nada porque ya no está que juegan gente de fiar.

Y temiendo lo mismo, el jaso que aseguraba que no habían enfermado mis ojos se ofreció a descifrar el contenido ¡sin nada para ayudarse!

Me leyó tus versos, me acercó tus palabras entre sus dedos y al final, añadió que las gafas acercaban o alejaban las letras, sob eso.

Y que si no conozco todo, jamás me revelarían el contenido.

Allá ellas (las letras digo) si quieren mantenerse en secreto, porque con gafas o sin ellas, yo no necesito andales suplicando.

¿Sabes Guadalupe? En el amor hay mucho de misterio y será eso lo que nos mantendrá despierta la curiosidad, alimentará la espera y desarrollará el resto de los sentidos.

Porque la única certeza, créeme, está en el corazón y no en esas palabras que me leen y dicen.